

# EDITORIAL

## EL DILEMA DEL “SUEÑO DE UNA ARMADA IMPERIAL”

Ernesto Martín Raffaini

Nuestra perspectiva temporal no es mayor a los 150 años, miramos nuestra historia reciente como lejana, imaginamos de casi imposible repetición los atroces sucesos del pasado reciente. No han pasado más de 100 años de la Primera Guerra Mundial, casi un poco más de 90 de la Segunda Guerra sino-japonesa que comenzó en 1931 en Manchuria, y aun así, seguimos pensando que los Estados son pacíficos.

El Asia/Indo-Pacífico es un espacio geopolítico caracterizado por un sin número de conflictos de diferente naturaleza y origen. El almirante Alfred Thayer Mahan en su obra *El poder naval en el Indo Pacífico*, exploró la importancia del Océano Pacífico para la estrategia de poder naval global.

Mahan argumentó que el dominio del mar es esencial para el poder global y para el éxito en las guerras, y que el Indo-Pacífico es especialmente importante debido a su extensión geográfica y las rutas comerciales que por allí pasan. Según este autor, cualquier nación que tenga intenciones de ser una potencia global debe poseer una flota capaz de proyectar su poder en el Indo-Pacífico.

Su enfoque de la proyección de poder y la disuasión continúa siendo relevante para los estrategas occidentales, especialmente en el contexto del ascenso de China. Gran parte del pensamiento estratégico occidental considera que el poder naval debe ser una parte integral de la estrategia de disuasión y de proyección.

En los últimos tiempos percibimos un giro en la postura estratégica del Japón hacia una *“Pax armada”*, relegando el antiguo concepto de *“pacifista en lo militar”*, que delegaba su defensa en Estados Unidos [1].

Esta no tan nueva postura estratégica se basa en garantizar capacidades de seguridad colectiva con los aliados de la región, y al mismo tiempo preservar sus intereses comerciales en el *“Indo-Pacífico libre y abierto”*.

Como mencionamos anteriormente, los cambios de postura no son nuevos ni inéditos, sólo son parte del camino a recuperar aspectos de su tradicional cultura estratégica [2]. Japón, como muchos países del Asia Pacífico, posee una tradición imperial y nunca abandonó sus intereses nacionales, solo los relegó.

La cultura de una nación imperial perdura en el tiempo más allá de las generaciones y vaivenes políticos, entra en el imaginario social como fábulas de añoranzas de tiempos mejores en los cuales solo falta aquel dirigente que los guíe en la senda de devolverles la dignidad y el surgimiento del nuevo imperio.

Como bien dice Carlos Calvo González-Regueral, *“(…) las relaciones chino-japonesas se debaten entre el temor a un dominio estratégico de China en Asia Pacífico, y la necesidad de mantener unas relaciones estables para favorecer la presencia japonesa en el mayor mercado mundial”* [3].

La cuestión a considerar es en qué medida los países del Asia Pacífico podrán

gestionar la “construcción del enemigo” (Dragón Chino) por parte de Estados Unidos y no caer en la trampa de un conflicto delegado y cuyas consecuencias sufrirán estos países. Es decir, qué posibilidades de gestionar el conflicto tienen los estados asiáticos para no ser como Europa, que está pagando las consecuencias de la guerra ruso-ucraniana.

Como sostiene Ivone Jara en su artículo “Estrategia de Seguridad de Japón: del Indo-Pacífico ¿a los mares del mundo?”, “con la adopción de una nueva Estrategia de Seguridad dan un paso más en dirección a consolidarse como una potencia regional con intereses en ultramar y con capacidad de generar acciones y consecuencias extra-regionales”.

Daniel G. Chaluleu en su artículo “¿Se encuentra la República de Corea ante un dilema de compromiso vs bienestar?” expresa que: “No cabe duda de que Corea no será abandonado a su suerte ante un adversario amenazante, pero ¿será arrastrada a una guerra no deseada?”.

John J. Mearsheimer, en su libro *La tragedia de la política de los grandes poderes* (2001), analiza cómo el sistema internacional anárquico crea Estados hambrientos de poder que intentarán instalarse como hegemonías regionales y globales.

La crisis del sistema de instituciones internacionales de posguerra y el pase a lo que algunos autores llaman un “multilateralismo selectivo”, en donde la cooperación entre los países está determinada por los intereses de los Estados más que por los de la comunidad de naciones, será quizás parte de nuestro nuevo contexto. Allí donde los actores estatales están motivados por mantener una ventaja estratégica y, al mismo tiempo, evitar compromisos que puedan suponer un riesgo para sus objetivos y prioridades nacionales.

Es justamente lo que Chaluleu explicita en su análisis, la postura estratégica que tendría Corea del Sur ante un potencial conflicto con Taiwán. Elementos como la historia, la cultura y la religión son aglutinantes en las relaciones de los Estados que determinan el vínculo que va desde lo social hasta la más alta política. Chaluleu en su artículo afirma que: “(...) Las numerosas ocupaciones, guerras e invasiones, sobre todo las ocurridas desde 1910, sumadas a la Guerra de Corea y sus consecuencias, han forjado en la sociedad local un sentimiento colectivo subyacente que permite percibir en ocasiones cierto recelo hacia los extranjeros. (...) Lo mencionado en el párrafo anterior plantea claramente la dicotomía que se produce cuando los intereses son incompatibles con valores, similitudes culturales o afinidades históricas”.

El ascenso de una potencia pocas veces fue pacífico (ver trampa de Tucídides: 12 no pacíficos, 4 pacíficos), y es ahí donde Jara enuncia la preocupación internacional por la posibilidad de que Japón se haga demasiado fuerte, reavivando los recuerdos de la Segunda Guerra Mundial. Un interrogante que también plantea Chaluleu, cuando se pregunta qué posición adoptará Corea del Sur ante el potencial conflicto entre Taiwán y la República Popular China. La experiencia de la historia demuestra que la “pax armada” no es más que una máscara de ejércitos

con tradición imperial.

Para finalizar, el artículo “Los cables submarinos como problema de seguridad nacional: Hacia el desacople digital con centro en el Indo Pacífico” de Silvana Elizondo, analiza uno de los principales componentes de la infraestructura crítica submarina, los cables submarinos, y su relación con la seguridad nacional en el contexto de la competencia estratégica global. Es aquí donde se introduce una nueva dimensión de la competencia naval, la del suelo marino, ya que “los fondos marinos están atravesados por una red de cables de fibra óptica que conforma la dimensión física del ciberespacio, lo que la convierte en la infraestructura crítica central de la era digital”. Compartimos el concepto de Elizondo al decir que: “La protección de la infraestructura crítica submarina es hoy una cuestión de seguridad que las estrategias nacionales abordan especialmente”.

Como decía un autor, “la paz no implica ausencia de conflicto”, estamos siendo testigos de tiempos en los cuales potencias en ascenso reclaman un reconocimiento internacional. **El devenir de los acontecimientos determinará si este ascenso es pacífico.**



¿Por qué fracasó la coacción de China sobre Australia?. Fuente: ASPI - Instituto Australiano de Política Estratégica.

[1] Art. 9 de la Constitución Nacional japonesa “Aspirando sinceramente a una paz internacional basada en la justicia y el orden, el pueblo japonés renuncia para siempre a la guerra como derecho soberano de la nación y a la amenaza o al uso de la fuerza como medio de solución en disputas internacionales”.

[2] Es decir la previsibilidad de actores que siempre acataran los términos de la cultura de disuasión

en la que han construido su poder. Alberto Hutschenreuter (2014). La gran perturbación Política entre los Estados en el siglo XXI. 1ª Ed. Editorial Almaluz Pp. 97.

**[3]** Calvo Gonzalez,-Regueral, C. (05 de octubre de 2020) Política de Defensa de Japón. Documento de Opinión IEEE 122/2020.